

Elsa Tamez

A tradição profética e sapiencial contra a corrupção

*La tradición profética y sapiencial contra la corrupción**

Sapiential and prophetic tradition against corruption

Resumo: Neste artigo, a autora analisa a validade dos discursos profético e sapiencial, utilizando Miquéias e Coélet como exemplos concretos de ataques à corrupção. Na terceira parte, a autora analisa as categorias do pecado e da lei em Romanos, como plataformas propícias que explicam a recorrência e a auto-validação da corrupção legalizada.

Palavras-chave: corrupção, Miquéias, Coélet, pecado, lei.

Resumen: En este artículo la autora analiza la vigencia de los discursos proféticos y sapienciales, utilizando a Miqueas y al Qohélet como ejemplos concretos de ataques a la corrupción. En una tercera parte, la autora analiza las categorías de pecado y de ley en Romanos, como plataformas propicias que explican la recurrencia y autovalidación de la corrupción legalizada.

Palabras claves: corrupción, Miqueas, Qohélet, pecado, ley.

Abstract: In this article the author analyzes the importance of the prophetic and sapiential discourses on power and corruption. She studies Micah and Qohélet as concrete examples that attack power and corruption. In the last part of her article the author rereads sin and law in Romans as suitable platforms that explain the recurrence and self-validation of legalized corruption.

Keywords: corruption, Micah, Qohélet, sin, law.

* Esta es una parte del artículo publicado por *Concilium*, bajo el título de “La vigencia de la tradición profética y sapiencial contra la corrupción, y el problema del pecado estructural”, Eds. Regina Ammicht Quinn, Lisa Sowle Cahill y Luis Carlos Susin, *Concilium* (2014) v. 5.

Introducción

La corrupción, según Napoleón Salto Galarza,

Es un sistema de comportamiento de una red en la que participan un agente (individual o social) con intereses particulares y con poder de influencia para garantizar condiciones de impunidad, a fin de lograr que un grupo investido de capacidad de decisión de funcionarios públicos o de personas particulares realicen actos ilegítimos que violan los valores éticos de honradez, probidad y justicia, y que pueden también ser actos ilícitos que violan normas legales, para obtener beneficios económicos o de posición política o social, en perjuicio del bien común¹.

En la biblia hebrea encontramos varias tradiciones que atacan la corrupción. Entre ellas las más recurrentes son la profética y la sapiencial; la tradición sacerdotal, con sus leyes, también la prohíbe al legislar contra el soborno (Ex 23.8). Lo hacen de manera diferente y en distintos momentos históricos. En el Nuevo Testamento los evangelios retoman, sobre todo, la tradición profética para denunciar las injusticias, las cuales siempre van acompañadas de enriquecimiento ilícito, como veremos abajo. La Carta de Santiago sigue la línea de la tradición sapiencial para denunciar la codicia, sin dejar de lado la tradición profética.

Pero la corrupción no es un acto aislado de una persona mal intencionada. La corrupción requiere de un contexto específico favorable, donde las instituciones y las leyes se presten para llevarla a cabo². Pablo, en Romanos, logra captar la realidad compleja y las prácticas humanas de injusticia que proceden de la codicia. Éstas construyen un sistema pecaminoso que se vuelve contra el mismo ser humano, colocándolo en un callejón sin salida, donde sólo el régimen de la gracia y la justicia de Dios son vistos como una alternativa para un nuevo orden.

En este artículo analizaremos algunos elementos de las tradiciones profética y sapiencial, con el fin de ver su vigencia para la lucha contra la corrupción que se ha convertido en una epidemia hoy. Los casos concretos los tomamos de Miqueas y Qohélet. Posteriormente analizaremos en la carta a los Romanos las categorías paulinas de pecado estructural y ley como plataformas propicias para la corrupción.

¹ Ética y corrupción. Estudio de casos. Informe final del proyecto Ética y corrupción. Proyecto Responsabilidad/Anticorrupción en las Américas, 1989, p. 42. El subrayado es nuestro.

² Ibídem, p. 46.

1. El ataque de los profetas a la corrupción

El profetismo bíblico surge con la monarquía, pero no a un lado de ella, sino desde una perspectiva crítica. Los gobernantes buscaban el apoyo de los profetas para legitimar sus acciones, pero es evidente que los profetas enviados por Dios, que se contraponen ellos mismos a los llamados “falsos profetas”, tuvieron siempre una posición crítica y libre ante las autoridades, y vivieron en permanente tensión con las instituciones políticas y religiosas³. Uno de los problemas mayores que atacaron los profetas fue la corrupción entre los gobernantes, jueces, sacerdotes, profetas asalariados y los ricos. Los elementos recurrentes que intervienen en la denuncia son justamente los subrayados en la definición de corrupción con la que iniciamos este artículo: líderes con influencia y poder, que se dejan guiar por intereses propios para obtener beneficios económicos y se alejan de los valores éticos como la honradez y la justicia; sus actos son ilegítimos porque violan las normas. Al final, para los profetas, quienes salen afectados son generalmente los pobres.

Miqueas, profeta del siglo VIII, contemporáneo de Amós, Oseas e Isaías. En 3.11 exclama:

Sus jefes juzgan por soborno, sus sacerdotes enseñan por salario, sus profetas vaticinan por dinero, y se apoyan en Yahveh diciendo: «¿No está Yahveh en medio de nosotros? ¡No vendrá sobre nosotros ningún mal!» (Miq 3.11B)

La codicia del dinero lleva fácilmente a la corrupción. Se espera que los dirigentes practiquen justicia, misericordia y humildad (6.8), pero lo que hacen es obtener riqueza mal habida (6.10), porque usan pesas falsas y balanzas adulteradas (6.11). Los corruptos son los que engañan y mienten (6.12, Sal 101.7). En Miq 7.3 se observa la red en este comportamiento corrupto. El texto hebreo presenta dificultades, pero el sentido de perversión de valores es claro⁴. Las autoridades, como los jefes y los jueces, no hacen lo que les corresponde, es decir actuar con justicia, sino que piden sobornos (schlum), y las personas ricas y poderosas les dicen a las autoridades lo que su “alma” (nefesh)

³ Carlos Mesters y equipo de la CRB, *La lectura profética de la historia*, Dabar, México, D.F. 1997, p. 22 (trad. del portugués por José Ma. Hernández, “A leitura profética da história”, Loyola, São Paulo, 1992).

⁴ En hebreo, la primera parte del versículo está inconclusa, sólo dice que el oficial o príncipe pide y el juez pide soborno. De allí que varias versiones traduzcan que el príncipe y el juez piden soborno o recompensa.

desea, y así todos juntos tejen para que se haga lo que los poderosos quieren. El profeta inicia el verso con un sarcasmo: “Son expertos en hacer el mal” (lit: Sus dos manos están adiestradas para hacer el mal). En Miq 3.9, el profeta utiliza el término akash para denunciar la desviación de las autoridades. El término implica distorsión, perversión, falta de integridad en cualquier cosa que se hace o se piensa⁵. Alude al corrupto que actúa de manera fraudulenta y deshonesto, que contrapone la corrupción a la justicia (mishpat) en el sentido de “derecho”, término que, a menudo, es intercambiable con tsedek, justicia desde la perspectiva ética. Con duras palabras dice que las autoridades detestan la justicia (mishpat) y pervierten lo justo (yashar). Los profetas le echan en cara a las autoridades que se han apartado de la alianza. El derecho en la torah prohíbe el soborno: “No recibas regalos (en el sentido de sobornos, shohad); porque el regalo ciega a los perspicaces y pervierte las causas justas (tsadikim)” (Ex 23.8). Pareciera que el movimiento que lleva al desastre y donde la corrupción tiene un rol fundamental es así: gente con poder, que codicia y después acepta sobornos y, en consecuencia, tuerce el derecho.

En Miqueas, las autoridades y las personas con influencia son las que codician tierras y casas, las roban y se las apropian con violencia y de manera ilegal (Miq 2.2; Cf. 1Sam 8.3.), como en el caso del rey Acáz que se apropió de la viña de Nabot por medios ilegales, con causas y testigos falsos que llevaron a Nabot a la pena de muerte (1Re 21.1-16). Las consecuencias del soborno recaen generalmente en los pobres y sin poder. En Isaías 1.23 leemos: “Tus jefes, revoltosos y aliados con bandidos. Cada cual ama el soborno y va tras los regalos. Al huérfano no hacen justicia, y el pleito de la viuda no llega hasta ellos”. Lo mismo observamos en Ezequiel 22.12. Miqueas escribe también contra los representantes de la religión, como los sacerdotes y los profetas asalariados, pues éstos no fueron capaces de enfrentar al Estado ni a las demás instituciones, ni a los ricos⁶. Profetizaban lo que ellos querían oír. Decían ¡Todo está bien! Tenemos paz y Dios está con nosotros (3.5-11). Él, en cambio, siente el llamado de Dios y la fuerza de su espíritu para denunciar abiertamente y con valentía la opresión y la perversión del derecho (3.8-9). Su arma es el uso de la palabra; su trinchera son unos poemas llenos de metáforas apasionadas contra las injusticias y

⁵ Reinier de Blois, *Towards a New Semantic Dictionary of Biblical Hebrew*, UBS, 2000.

⁶ Edesio Sánchez, Esteban Voth, Marlon Winedt, *Denuncias de ayer que incomodan hoy. El mensaje del profeta Miqueas*, Miami, SBU, 2008, p. 12.

el fraude (Véase Miq 3.2-3). Miqueas, como todos los profetas, arriesgó la vida por confrontar directamente a las autoridades.

En la tradición profética los corruptos son los malos a quienes Dios va castigar y las víctimas de la corrupción son los pobres, de quienes Dios tiene compasión. ¿Es este discurso vigente hoy? o es un discurso anacrónico, propio de las luchas revolucionarias de los 70s y 80s. Veamos la posición del sabio Qohélet (Eclesiastés).

2. El discurso sapiencial de Qohélet frente a la corrupción

Para las nuevas generaciones postmodernas pareciera que el discurso de Qohélet es más atractivo que el de los profetas que denuncian la corrupción a quemarropa. Qohélet, sin darle la espalda a la maldad del mundo, llama a afirmar la vida en la cotidianidad. El sabio no oculta la inversión de valores de su sociedad, le repugna que el mundo “bajo el sol” esté invertido, pues en los tribunales, en lugar de dictar sentencia justa (mishpat), se tuerce la justicia (tsedek) (Qoh 3.16). Observa la perversidad de quienes ostentan el poder y oprimen con violencia, y está consciente del llanto de los oprimidos que no tienen quién les consuele (4.1-2). También sabe que hay una red de complicidad corrupta entre las mismas autoridades, causantes de la opresión; en 5.8 afirma: “Si en la región ves la opresión del pobre y la violación del derecho (mishpat) y de la justicia (tsedek), no te asombres por eso. Se te dirá que una dignidad vigila sobre otra dignidad, y otra más digna sobre ambas”. La mentira es que todo eso se hace invocando el interés común y el servicio al rey (5.8). El amor al dinero es el problema fundamental porque nunca hay un hasta aquí (5.9). La impunidad agrava la situación cuando se da largas al asunto; en 8.10-11 señala que es un absurdo el “que no se ejecute en seguida la sentencia de la conducta del malo, con lo que el corazón de los humanos se llena de ganas de hacer el mal”.

Pero Qohélet no denuncia la injusticia ni la corrupción al estilo de los profetas. Su tiempo es otro, sin alternativas cercanas; los tiempos pasados y futuros están cerrados (7.10; 6.12; 8.7). Solo insta a vivir el presente; un presente que lo clasifica como absurdo (hebel)⁷.

El sabio debe saber cómo moverse en ese mundo invertido, donde al malo le va bien y al bueno mal (8.14). Debe saber cómo y cuándo

⁷ Otro significado transferido que envuelve una decepción en extremo puede ser “porquería”. Elsa Tamez, *Cuando los horizontes se cierran. Relectura de Eclesiastés o Qohélet*, San José, DEI, 1990, p. 20. (Traducción del inglés, “When the Horizons Close. Rereading Ecclesiastes”, 2000).

actuar, “porque todo asunto tiene su cuándo y su cómo. Pues es grande el peligro que acecha al ser humano” (8.6). Para Qohélet no es el mejor tiempo para hablar contra los gobernantes porque por todas partes hay espías (10.20). Por eso aconseja actuar sabiamente, con cuidado (11.6-7), sin andar solos (4.9-12); no hay que irse a los extremos: no ser demasiado honrado ni demasiado sabio, ni muy malo, ¿por qué morir antes de tiempo? (7.16,17). Y al mismo tiempo hay que disfrutar bien de la vida cuando se puede, comiendo, bebiendo, pasándola bien con la persona que se ama (9.7-9; Cf. 3.12-13, 22; 5.18), pues eso es bien merecido por el trabajo esclavizante (*amal*) que se hace; la vida es un don de Dios que se debe disfrutar. En esos momentos donde no se conoce el futuro (8.7), ni se recomienda volver al pasado (7.10), no vale la pena luchar contracorriente. Pareciera que lo único seguro es confiar en la gracia de Dios mientras se hace bien lo que se puede (7.18-20), con sabiduría, a la espera de tiempos mejores. Porque todo tiene su tiempo y su hora (3.1-8). Al sabio le toca discernir los tiempos, para soportar lo absurdo de lo que sucede bajo el sol y sobrevivir con dignidad.

La clave para entender estos textos, tanto el de Miqueas como el de Eclesiastés la da el contexto sociopolítico y económico en las cuales surge⁸. De manera que su vigencia actual depende también de las circunstancias propias del contexto en el cual se vive. Para algunos será más efectiva la tradición profética, para otros la sapiencial, propia de Qohélet.

No obstante, nuestro mundo globalizado exige un análisis más profundo, que toque lo sistémico en la manifestación de la corrupción. Jorge R. Etkin analiza la perversidad de los sistemas y la corrupción institucionalizada. Para él, el estudio de la perversidad en los sistemas y organizaciones consiste en “descorrer el velo que oculta a la injusticia y la desigualdad detrás de la ideología, el dogma, la hipocresía, el doble discurso, la persuasión o la mentira institucional”⁹, porque, señala, las injusticias cometidas y los actos de corrupción no son hechos transitorios ni aislados, sino recurrentes, que se refuerzan y auto convalidan; además se prestan para ver la trama de lo perverso y su racionalidad

⁸ Miqueas profetiza entre del 725 a 701, durante el reinado de Ezequías. Denuncia la corrupción de los gobernantes, tanto del reino del Norte como del Sur. A nivel internacional, Salmanasar V, del imperio asirio, había arrasado con Samaria (2Re 17.1-6; 18.9-11), y Judá se había convertido en un satélite de Asiria, pagando tributos. E. Sánchez... *Ibidem*, 11. Qohélet surge en el siglo III, durante el reinado de los tolomeos en Alejandría; ocurre durante un cambio de época en la cual la novedad está presente en todos los niveles. Elsa Tamez, *ibidem*, p. 31s.

⁹ *La doble moral de las organizaciones. Los sistemas perversos y la corrupción institucionalizada*, McGraw Hill, Madrid, p. xix.

destructiva. Para Etkin, “ésta es algo que se construye internamente, no como un determinismo natural o externo a la organización”¹⁰. Los círculos viciosos, la impunidad de los actos perversos y el desamparo de las víctimas confirman esa racionalidad desviada. No hay una voluntad expresa de hacer daño, sino que, como Etkin mismo lo expresa, la misma trama hace posible “la mentira de la verdad” y “lo malo de lo bueno”¹¹. La corrupción encuentra terreno fértil en la misma organización, cuyos mecanismos de funcionamiento pueden fácilmente desviarse legalmente. Los casos de corrupción denunciados, o incluso las sanciones públicas a los corruptos, no permiten ver que, a menudo, el problema está en el mismo funcionamiento de las instituciones, como desviaciones o deformaciones de lo estructural. Siempre hay “espacios o brechas” que son cubiertos por procesos desviados o perversos¹². El análisis de Etkin permite ingresar a Romanos desde la óptica de lo perverso, lo cual ayuda a ir más allá de los casos concretos denunciados por los profetas.

3. El pecado y la ley en Pablo

Hay una diferencia entre la crítica de los profetas y la crítica de Pablo a la realidad corrupta. Pareciera ser que para los profetas la situación puede cambiar si se controla la codicia que surge del corazón, si hay un volverse a Dios, o si se cumple a cabalidad con la ley mosaica. Para Pablo, en Romanos, esto no es suficiente. Hay una realidad dominada por un poder sistémico que potencializa esa condición humana que se expresa en la codicia. Pablo llama pecado a ese poder sistémico. Para que funcione el sistema pecaminoso necesita de una ley, porque a través de ella funciona legítimamente, sin remordimiento de culpa¹³. Antes de analizar el concepto de pecado y ley desde la perspectiva de sistemas corruptos, vale aclarar que lo que estamos haciendo es una relectura desde la perspectiva del sistema corrupto; hoy no tenemos el problema de la ley mosaica ni de la circuncisión, aspectos centrales en las disputas teológicas que tenía Pablo con los judaizantes. Pero Romanos puede ser releído a la luz de otros problemas actuales, como la codicia, la corrupción y la inversión de los valores éticos.

¹⁰ Ibídem, p. xx.

¹¹ Ibídem, p. 5.

¹² Ibídem, p. 253.

¹³ Partes de esta sección las presenté en mi ponencia: *Poverty: Unrestricted Greed and Structural Sin*, dictada en el congreso sobre Biblia y Justicia en la St. Ambrose University, en Iowa, USA mayo, 2013 (St. Ambrose Conference on Bible and Justice, May 2013).

El tema central en Romanos no es el pecado, sino la justicia de Dios (dikaio syne tou deou) (1.16-17), pero antes de hablar de ella Pablo se ve obligado a analizar la razón por la cual se manifiesta la justicia de Dios. Esa razón son las prácticas de injusticia (adikia) que producen el pecado (amartia). De esta situación previa a la revelación de la justicia de Dios, que libera de la ley, del pecado y de la muerte (8.2), nos concentramos en esta sección del artículo.

El pecado es una realidad invertida producida por la misma práctica de injusticias de los seres humanos. Por eso Pablo no habla de pecado, sino hasta el capítulo 3.9. Y lo menciona en singular (amartia), habla del pecado y no de los pecados. Este hecho lleva a ver el pecado como un poder que esclaviza al mismo ser humano, quien es víctima y cómplice. En 1.18 lo anuncia como una realidad invertida que Dios rechaza: “La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia (adikia) de los seres humanos que detienen con injusticia (adikia) la verdad”. El versículo repite dos veces el término “injusticia”, y lo hace en sentido ético. Son las prácticas de injusticia las que retienen (katejontōn) la verdad (alētheian). En otras palabras, a la injusticia se le llama justicia; a la mentira, verdad. Los dos capítulos primeros de Romanos se dirigen a todos los pueblos (judíos y gentiles) como los causantes de la inversión de valores a través de las prácticas de injusticia. Tres veces menciona que, en lugar de hacer esto..., ellos hicieron aquello..., por eso Dios los dejó a merced de sus actos (Rom 1.23-28). Insiste en que todos han pecado, sin excepción, incluso aquellos que se dejan guiar por la ley buena (2).

El contenido del pecado lo da en 1.29-32 y 3.10-18 cuando habla de que todos “están llenos de toda clase de injusticia, perversidad, avaricia y maldad... (1.29)”, y que no hay ni un justo, ni aún uno (3.10). Obviamente había personas buenas y honradas, pero dentro de un sistema corrupto, dominado por el pecado, todos son arrastrados por la lógica pecaminosa; las buenas intenciones y las leyes buenas quedan impotentes.

En Romanos no se puede hablar de pecado sin hablar de ley, pues como Pablo mismo dice, el pecado está muerto sin la ley, el pecado cobra vida por la ley (7.8b). Por eso Pablo no tiene reparos en afirmar que el poder del pecado está en la ley. El capítulo 7 lo dedica a la participación de la ley en la manifestación del pecado. Allí observamos que el problema no es de la ley en sí; ella es justa (7.12), ha sido dada para que los humanos puedan convivir sin que se maten. El problema es la relación funesta del pecado y la ley. En 7.10-11 Pablo escribe: “Y hallé que el

mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte, porque el pecado, aprovechándose del mandamiento, me engañó, y por él me mató". Bajo un sistema pecaminoso, en el momento en que la persona se somete a la ley, su yo se aliena porque no interviene el discernimiento sino simplemente el cumplimiento ciego de la ley. Por eso dice Pablo que, bajo la ley sometida al pecado, se hace lo que no se quiere hacer, sino lo que se odia (7.15). Los versículos 7:7-13 explican la relación funesta entre pecado y ley, así como la consecuente aniquilación de la conciencia del sujeto. Pero hay más, los versículos 7:14-24 exponen la relación desafortunada entre el pecado y el ser humano o mejor la condición humana. Obsérvese que en ambos casos el problema fundamental no es ni la ley ni el ser humano, sino el pecado estructural (amartia) que convierte a la ley y a los deseos humanos en sus mecanismos para ser efectivo y mostrar su poder destructor y mortífero.

Al presentar el pecado como un sistema pecaminoso que se aprovecha de la ley y de la condición humana, la conversión del corazón del individuo para frenar la corrupción no basta; la única salida es la intervención de otra lógica diferente que oriente la mente y las prácticas. Se trata de otra justicia diferente, independientemente de la ley. El la llama justicia de Dios (3.21), que es la justicia de la fe o la justicia de la gracia. Propone una nueva creación que exige morir al pecado (al sistema pecaminoso) y orientar la vida, no siguiendo las exigencias de la ley absorbida por el pecado, sino el régimen de la gracia, donde prima la misericordia y el discernimiento que favorece la vida de las personas. En esta otra manera de vivir la ley, las instituciones, las tradiciones, toda lógica de ley estaría al servicio de la vida y no al revés. En concreto, la invitación no es sólo a frenar la codicia que lleva a la corrupción y seguir en la misma lógica del dominio del pecado (6.1-2), sino a salir de esa lógica que produce la codicia sin límites, donde la corrupción permea las instituciones y las relaciones; y a desarticular lo negativo de esa trama perversa. La gracia y la misericordia serían los criterios básicos para salir de la lógica perversa del dominio de lo que Pablo llama pecado. Aún más, en un mundo invertido como el descrito por Pablo, habría que dar un paso más allá y vestir la armadura de la fe descrita en Efesios 6.10-18, para atacar la epidemia de la corrupción, y dar fe de la existencia de otra manera de vivir, honesta y transparente, que no se hace cómplice con el silencio.

Elsa Tamez

elsa.tamez@gmail.com